Páginas escogidas de Heinrich Heine, en la traducción de Enrique Díez-Canedo (1918)

Elena Serrano-Bertos

La antología de Heinrich Heine *Páginas escogidas* , publicada en 1918 en Madrid por la editorial Calleja, incluye la selección de poemas y textos en prosa que a su vez publicara la revista literaria francesa *Mercure de France* en su «Collection des plus belles pages». Entre los poemas elegidos se encuentran algunos extraídos del *Viaje al Harz*, de *El mar del Norte,* fragmentos de *Intermezzo*, *El regreso*, *Atta Troll* y *Germania,* así como una selección variada de poesías y un «Apéndice al *Libro de Lázaro»*. Por su parte, figuran entre los textos en prosa escogidos *El tambor Legrand*, *Los dioses en el destierro*, *El rabino de Bacharach*, el prólogo al primer tomo del *Salón*, así como una selección de *Pensamientos* y algunas cartas. Tanto por su extensión como por su representatividad, el volumen da buena fe del carácter revolucionario, la ensoñación romántica y la sátira mordaz inherentes a la obra del poeta alemán. La versión de Díez-Canedo es, pues, traducción puente a partir de las traducciones al francés en cuya elaboración participó el mismo Heine. En el prólogo a la obra señala el traductor que el texto francés que le sirvió de base presentaba algunas alteraciones con respecto al original alemán y que, a pesar de estar estas «legitimadas por la autoría del poeta», se atuvo al original alemán en algunas ocasiones (Díez-Canedo 1918: 9).

Ni en dicho prólogo ni en otras fuentes consultadas hemos encontrado alusiones a las causas que movieron al poeta, crítico y traductor pacense a verter al castellano la obra. Sí sabemos que años antes, de 1909 a 1911, había vivido en París como secretario del embajador de Ecuador, y que sus relaciones con los grupos del *Mercure de France* y de la *Nouvelle Revue Française* fueron fecundas para él (Fernández 1984: 27). Díez-Canedo figura, por otro lado, entre los mayores difusores de la poesía europea. Fue un traductor muy prolífico, sobre todo del francés, y en su nómina de autores traducidos figuran nombres de muchos colosos de la literatura universal, sobre todo poetas. No es, pues, de extrañar que en dicho listado encontremos el del vate franco-alemán, cuya chispa y agudeza apreciaba por encima de las del genio de Weimar (Díez-Canedo 1918: 9-10):

> Si por el pensamiento y por la potencia creadora se queda muy lejos de Goethe, le es muy superior en gracia, en ingenio, y, a pesar de cierta afectación, en invención poética. Su paganismo, que es más sensual, es también más humano que el de Goethe, y su filosofía, si es igualmente panteísta, lo es con un panteísmo sonriente y espiritual.

El mismo Díez-Canedo afirmaría que el conocimiento profundo de los autores que le permitía el ejercicio traductivo era para él muchas veces acicate para llevarlas a cabo: «las más de esas versiones o transcripciones han sido hechas por mí como tema de estudio, para penetrar bien la estructura íntima de los autores que iba leyendo» (Díez-Canedo 1925, cit. en Jiménez 2001: 364).

En último lugar, sabemos de su compromiso por la defensa de las libertades durante la Primera Guerra Mundial, que le llevó, entre otros, a participar en el homenaje en desagravio a Galdós, Unamuno y Cavia, por haber sido los escritos de estos tres autores objeto de censura por parte del gobierno civil, y a visitar los frentes franceses, junto a Valle-Inclán y otros escritores (Fernández 1984: 37).

Así pues, considera Díez-Canedo la traducción poética una «reflexiva y lenta» labor de recreación del original, que ha de realizarse preferiblemente en verso:

> Ahora bien: ¿es posible esta fidelidad? La práctica nos dice que hay, en todas las lenguas, excelentes versiones. Los que para traducir a un poeta prefieren la prosa al verso, dan por admitido que algo se ha de sacrificar y pretenden que una versión en que se pierde el ritmo y se guarda la letra es preferible a otra que pierde la letra y no es fiel al ritmo. Esto es una verdad, pero con el abuso como argumento. Cuando sea posible una versión que respete la letra y el ritmo en el mismo grado que la prosa de un idioma respeta el verso del que intenta traducir, aquel argumento cae por su pie. // La cuestión está en decidir si el verso puede reproducirse, pasando de un idioma a otro. Y parece que hay dos medios: el de la transcripción, como en ciertas poesías de lenguas afines, y el de la recreación, único eficaz entre lenguas desemejantes. Para el primero basta una determinada habilidad. El segundo requiere mayor tino y sólida capacidad crítica. La cuestión no se resuelve con decir que se ha de traducir en prosa. Una traducción en prosa es un auxilio para la comprensión del sentido del original, y las versiones interlineales, en este caso son las preferibles. // La cuestión no se resuelve con decir que se ha de traducir en prosa. Una traducción en prosa es un auxilio para la comprensión del sentido del original, y las versiones interlineales, en este caso son las preferibles. (Díez-Canedo 1925; cit. en Lama 1999-2000: 195)

Cree a todas luces el traductor en el acto traslativo, y si bien admite que al texto poético le es inherente una parte no traducible, como le sucede al cuadro respecto de sus grabados, defiende asimismo que siempre existirá la posibilidad de recrear «la sensación que trata de dar» el original:

> Un traductor escrupuloso debe discernir qué partes del original ha de conservar en absoluto la traducción y abstenerse de traducir si no ve modo de conservarlas. Ha de

distinguir también lo que puede sustituir a las partes no esenciales que no haga falta conservar absolutamente.

La labor de traducción que Díez-Canedo desempeñó fue muy valorada, entre otros, por García Yebra: «de Enrique Diez-Canedo me consta que traducía muy bien del francés» (García Yebra 1989: 207). En efecto, tanto en prosa como en verso, Díez-Canedo reproduce con maestría la abundancia de matices del tono de Heine, los efectos rítmicos y musicales, así como la claridad de estilo y la sobriedad de su lenguaje. A cambio, llega a sacrificar la rima e incluso el sentido en algunos versos, como podemos observar en su versión del poema «Ilse», donde traduce «benetzen» («humedecer, mojar») por «curar» o «küssen» («besar») por «abrazar»:

Dein Haupt will ich benetzen
Mit meiner klaren Well,
Du sollst deine Schmerzen vergessen,
Du sorgenkranker Gesell!
[...]
Ich will dich küssen und herzen,
Wie ich geherzt und geküßt
Den lieben Kaiser Heinrich,
Der nun gestorben ist.

Quiero curarte la cabeza con mis olas transparentes. Se te olvidarán tus pesares, pobre doncel, enfermo de zozobras.
[...]
Quiero abrazarte y estrecharte como estreché y abracé al buen emperador Enrique, muerto ya.

En otras ocasiones no duda en explicitar matices inexistentes en el original, como podemos observar en la siguiente estrofa, en la que el adjetivo «weiβ» («blanco») pasa a ser «blanco como la nieve»:

In meinen weißen Armen,
An meiner weißen Brust,
Da sollst du liegen und träumen
Von alter Märchenlust.

Entre mis brazos blancos como la nieve, sobre
mi seno blanco como la nieve, descansarás y soñarás
con la dicha de los cuentos viejos.

No obstante, dichos cambios no se producen de forma aleatoria sino que, efectivamente, contribuyen al logro de las características anteriormente señaladas, tales como la sonoridad, el color, las impresiones o emociones del original.

No cabe duda de que la traducción de la antología *Páginas escogidas* es obra de otro poeta, que con ingenio, sensibilidad y unos sólidos conocimientos de rima y versificación vierte el contenido de la obra de Heine, reproduciendo con maestría su efecto poético hasta alcanzar la belleza del original. Sirva este último fragmento para evidenciar nuestro aserto:

> Es war ein schöner Maitag, lauschend im stillen Morgenlichte lag der blühende Frühling und ließ sich loben von der Nachtigall, seiner süßen Schmeichlerin, und diese sang ihr Loblied so karessierend weich, so schmelzend enthusiastisch, daß die verschämtesten Knospen aufsprangen und die lüsternen Gräser und die duftigen Sonnenstrahlen sich hastiger küßten und Bäume und Blumen schauerten vor eitel Entzücken. Ich aber setzte mich auf eine alte moosige Steinbank in der sogenannten Seufzerallee, unfern des Wasserfalls, und ergötzte mein kleines Herz an den großen Abenteuern des kühnen Ritters. In meiner kindischen Ehrlichkeit nahm ich alles für baren Ernst; so lächerlich auch dem armen Helden von dem Geschicke mitgespielt wurde, so meinte ich doch, das müsse so sein, das gehöre nun mal zum Heldentum, das Ausgelachtwerden ebensogut wie die Wunden des Leibes, und jenes verdroß mich ebensosehr, wie ich diese in meiner Seele mitfühlte. – Ich war ein Kind und kannte nicht die Ironie, die Gott in die Welt hineingeschaffen und die der große Dichter in seiner gedruckten Kleinwelt nachgeahmt hatte, und ich konnte die bittersten Tränen vergießen, wenn der edle Ritter für all seinen Edelmut nur Undank und Prügel genoß. Da ich, noch ungeübt im Lesen, jedes Wort laut aussprach, so konnten Vögel und Bäume, Bach und Blume alles mit anhören, und da solche unschuldige Naturwesen, ebenso wie die Kinder, von der Weltironie nichts wissen, so hielten sie gleichfalls alles für baren Ernst und weinten mit mir über die Leiden des armen Ritters; sogar eine alte ausgediente Eiche schluchzte, und der Wasserfall schüttelte heftiger seinen weißen Bart und schien zu schelten auf die Schlechtigkeit der Welt.
>
> Era una hermosa mañana de Mayo; la primavera, en sus comienzos, brillaba ya en una aurora apacible y se dejaba loar por el ruiseñor, su suave adulador, el cual cantábale loores en voz tan muelle y acariciadora, que las rosas más púdicas abrían sus capullos, los céspedes enamorados y los rayos del sol se daban besos tiernos y vivos, y árboles y flores estremecíanse maravillados. Sentábame yo en un viejo banco de piedra ornado de musgo, en el paseo que llamaban Avenida de los Suspiros, no lejos del surtidor, y mi corazón juvenil se regocijaba ante las grandes aventuras del atrevido caballero. En mi candor infantil, yo lo tomaba en serio todo. Comoquiera que la suerte zarandease al pobre héroe, decíame yo que así tenía que ser, que tal era el destino de los héroes, verse derrotados y al mismo tiempo apaleados, lo cual me afligía de veras. Era yo niño, e ignoraba la ironía que puso Dios en su universo, y que el gran poeta imitó en el suyo; y me sentía capaz de verter las más amargas lágrimas cuando el noble caballero no recogía más que ingratitud y trompazos por su grandeza de alma; y como, poco hecho a la lectura, iba pronunciando

cada palabra en voz alta, pájaros y árboles podían oírme. Lo mismo que yo, aquellos inocentes seres de la naturaleza, nada entendían de ironía; ellos también lo tomaban todo en serio y vertían lágrimas por los sufrimientos del caballero infeliz. Por lo menos me pareció oír sollozar a un roble, y al grave surtidor sacudirse más violentamente las barbas ondulosas para gemir por la dureza de los hombres.

BIBLIOGRAFÍA

DÍEZ-CANEDO, Enrique. 1918. «Enrique Heine» en Heinrich Heine, *Páginas escogidas,* Madrid, Calleja, 7-10.

DÍEZ-CANEDO, Enrique. 1925. «Traductores españoles de poesía extranjera», *La Nación*, 7 de junio.

FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, José María. 1984. *Enrique Diez-Canedo. Su tiempo y su obra,* Badajoz, Diputación de Badajoz.

GARCÍA YEBRA, Valentín. 1989. *En torno a la traducción. Teoría. Crítica. Historia,* Madrid, Gredos.

HEINE, Heinrich. 1918. *Páginas escogidas. Versión de E. Díez-Canedo*, Madrid, Calleja.

JIMÉNEZ LEÓN, Marcelino. 2001. *Enrique Díez-Canedo, crítico literario,* Barcelona, Universitat de Barcelona (tesis doctoral); https://docplayer.es/62499022-Enrique-diez-canedo-critico-literario.html

LAMA, Miguel Ángel. 1999-2000. «Enrique Díez-Canedo y la poesía extranjera», *Cauce* 22-23, 191-228.